

Más de trece kilos han perdido presos en huelga

Carolina Solar
SANTIAGO

“Me siento plenamente libre. Debe ser porque hago lo que mi conciencia me indica lo que debo hacer”, dijo Rodrigo Saa, uno de los cuarenta presos que hasta ayer se mantenían en huelga de hambre indefinida en el interior de la Cárcel de Máxima Seguridad, quien ha perdido 13 kilos desde que comenzó el ayuno.

Durante una grabada y vigilada conversación el demacra-

do recluso explicó a LA NACION que él y sus compañeros no abandonarán el ayuno hasta que se modifiquen el régimen interno del penal —derecho al trabajo y recreación, “porque la tortura psicológica de la inactividad nos está consumiendo”— y las normas que se aplican a las visitas.

Explicó que su familia se ha visto enormemente afectada y “castigada” con la forma que se ha establecido para sus contactos. “Sólo hemos podido vernos a través de este vidrio. Eso no es humano. Cada preso paga una pena con la prisión,

pero los familiares no son culpables de nada”.

FERREO CONTROL

Tres sólidas puertas, cinco rejas, dos controles de metales, cerca de quince cámaras de video (observables), la grabación de sus diálogos, la revisión de cualquier carta que entre o salga del recinto y un frío y grueso vidrio que les impide tocarse, deben soportar los dos familiares que, semanalmente, pueden visitar a cada recluso.

Previamente inscritos en la

guardia, deben explicar el parentesco, dar su dirección y esperar que se abran y cierren cada una de las puertas que los separan de los presos.

Una vez dentro del criticado locutorio pueden verlos a través de un sólido vidrio, que hace más difícil las conversaciones porque se debe elevar el tono de la voz y acercar la boca a una reducida zona del muro metálico, que tiene unos minúsculos orificios que permiten un mejor paso de la voz. Sin embargo, un permanente zumbido —similar al que emiten

los equipos de audio cuando se acoplan— hace estresante cada minuto de diálogo, que suele llegar a los gritos.

Mientras hablan, los visitantes copian cartas —para los familiares de otros reclusos— que los presos exhiben a través del vidrio. Tras la despedida, se reanuda el abrir y cerrar de puertas, las explicaciones sobre el contenido de las cartas, que son fotocopiadas en su totalidad, y en algunos casos censuradas.

Una vez retirado el carné de identidad, se traspasa un sólido portón y los parientes recuperan su libertad.